

El escritor múltiple: una revisión de *El otro, el mismo* de Jorge Luis Borges

The Multiple Writer: A Review of Jorge Luis Borges' *El otro, el mismo*

Escritor múltiple: Uma revisão ao *El otro, el mismo* de Jorge Luis Borges

Jorge Mario Sánchez Noguera

Magíster en Literatura de la Pontificia Universidad Javeriana. Actualmente se desempeña como docente de Cuento Latinoamericano Moderno y de Julio Cortázar en la Universidad El Bosque de Bogotá. Ha publicado ensayos en la revista *Opción* de la universidad ITAM de México y en la publicación virtual *Letralia*. Correo electrónico: jeinzuz2003@yahoo.com

SICI: 0122-8102(201106)15:29<46:EEMREO>2.0.TX;2-C

Resumen

En este artículo se analiza el desarraigo ideológico presente en el libro *El otro, el mismo*, en el que Borges nos recuerda la imposibilidad de que cualquier discurso totalizante (filosófico, religioso, científico, etc.) logre abarcar por completo la Realidad. Sin embargo, Borges nos recuerda también que en un universo sin verdades absolutas el hombre no puede escapar de su destino individual y está obligado a crear estas verdades, a fabricarse realidades para poder sobrevivir como individuo y como especie.

Palabras clave: Jorge Luis Borges, desarraigo, poesía latinoamericana, orillas, otredad, destino individual, multiplicidad, Buenos Aires
Palabras descriptor: Borges, Jorge Luis, 1899-1986 – El otro, el mismo, Borges, Jorge Luis, 1899-1986 – Crítica e interpretación, Poesía argentina, Vanguardismo (Literatura)

Abstract

This article analyzes the ideological uprooting found in *El otro, el mismo*, where Borges reminds us of the impossibility of any totalizing discourse (whether philosophical, religious, scientific, etc.) that embraces Reality as a whole. However, Borges also reminds us that in an universe without absolute truths, man cannot escape his individual destiny and is forced to create these truths, to build realities, in order to survive as an individual and as a species.

Key Words: Jorge Luis Borges, uprooting, Latin-American poetry, edges, otherness, individual fate, multiplicity, Buenos Aires
Key words plus: Vanguardismo (Literatura), Borges, Jorge Luis, 1899-1986 – Criticism and interpretation, Argentine poetry, Literature, experimental

Resumo

Neste artigo analisa-se o desarraigo ideológico presente no livro *El otro, el mismo*, no que Borges nos lembra da impossibilidade de que qualquer discurso totalizante (filosófico, religioso, científico, etc.) consiga abranger por completo a Realidade. Contudo, Borges também nos lembra de que em um universo sem verdades absolutas o homem não pode fugir do seu destino individual e fica obrigado a criar estas verdades, a se fabricar realidades para conseguir sobreviver como indivíduo e espécie.

Palavras-chave: Jorge Luis Borges, desarraigo, poesia latino-americana, beira, outredade, destino individual, multiplicidade, Buenos Aires
Palabras-chave descriptor: Borges, Jorge Luis, 1899-1986 - O outro, o mesmo, Borges, Jorge Luis, 1899-1986 – Crítica e interpretação, Poesia argentina, Vanguardismo (Literatura)

JORGE LUIS BORGES nace en Argentina en 1899 y se traslada a Europa cuando es todavía un adolescente. Vive en Suiza y en España. Regresa a Buenos Aires a los veintiún años, ciudad en la que residirá desde entonces. Sin embargo, a pesar de esta estancia permanente en su país natal, en su libro de versos *El otro, el mismo*, de 1964, encontramos no sólo poemas con tema “argentino”, sino versos que remiten a toda la historia literaria y filosófica europea (francesa, sajona, alemana, española, grecolatina) y a las tradiciones judía, cristiana e islámica. Ya los títulos de los poemas nos hablan de esta multiplicidad de fuentes, como si tuviéramos ante nosotros una visión parcial del Aleph que él mismo ideó: “Página para recordar al coronel Suárez, vencedor en Junín”, “El tango”, “Buenos Aires”, “Los compadritos muertos”, “Two English Poems”, “Mateo, xxv, 30”, “Un soldado de Urbina”, “Baltasar Gracián”, “Un sajón (449 A.D.)”, “El Golem”, “Una rosa y Milton”, “Alexander Selkirk”, “Odisea, libro vigésimo tercero”, “Texas”, “Composición escrita en un ejemplar de la *Gesta de Beowulf*”, “A Carlos XII”, “Emanuel Swedenborg”, “Emerson”, “Edgar Allan Poe”, “París, 1856”, “Rafael Cansinos-Assens”, “Edipo y el enigma”, “Spinoza”, “España”, “Un soldado de Lee”...

En el prólogo del libro, Borges hace una aclaración que de cierta forma explica esta diversidad: “Menos que las escuelas me ha educado una biblioteca –la de mi padre” (2005, 164). Borges siempre se jactó de ser, antes que escritor, un gran lector, un lector que se acercaba a los libros en busca de la felicidad del hecho estético y no guiado por escuela alguna, y su obra y la abrumadora cantidad de temas que aborda lo corroboran. En ella siempre exploró las formas como la humanidad ha intentado comprender y, por ende, ordenar la realidad. Las religiones, las lenguas, los sistemas políticos y filosóficos occidentales (europeos) y orientales son, para él, sistemas de pensamiento que buscan explicar la realidad, y aunque muchos de ellos han intentado de una u otra forma alcanzar la universalidad, abarcar por completo la experiencia humana, son intrínsecamente limitados e incompletos.

En el prólogo a *El otro, el mismo* también se lee que “la raíz del lenguaje es irracional y de carácter mágico [...]. La poesía quiere volver a esa antigua magia” (2005, 164-65). Hay en el ser humano, para Borges, un núcleo que es anterior al lenguaje, y que se encuentra más allá del tiempo y del espacio, como escribe en “Two English Poems”: I offer you that kernel of myself that I have saved, somehow –the central heart that deals not in words, traffics not with dreams and is untouched by time, by joy, by adversities¹ (2005, 170).

1 “Te ofrezco ese núcleo de mí mismo que he guardado, de alguna forma –el corazón central que

Un núcleo (“kernel”), que por su mismo carácter intocado (“untouched”), por su resistencia a todo tipo de definición o de encauzamiento en un sistema de pensamiento, por su ausencia de tiempo, está en contacto con la infinitud del universo, con la eternidad. En su ensayo “El idioma analítico de John Wilkins”, Borges incluye una cita de Chesterton que habla de esta inefabilidad interna del hombre y de la incapacidad del lenguaje para apresar la realidad:

El hombre sabe que hay en el alma tintes más desconcertantes, más innumerables y más anónimos que los colores de una selva otoñal [...] cree, sin embargo, que esos tintes, en todas sus fusiones y conversiones, son representables con precisión por un mecanismo arbitrario de gruñidos y de chillidos. Cree que del interior de un bolsista salen realmente ruidos que significan todos los misterios de la memoria y todas las agonías del anhelo. (2007, 105-06)

En el poema “Composición escrita en un ejemplar de la *Gesta de Beowulf*” encontramos nuevamente esta idea:

A veces me pregunto qué razones
me mueven a estudiar sin esperanza
de precisión, mientras mi noche avanza,
la lengua de los ásperos sajones.
Gastada por los años la memoria
deja caer la en vano repetida
palabra y es así como mi vida
teje y desteje su cansada historia.
Será (me digo entonces) que de un modo
secreto y suficiente el alma sabe
que es inmortal y que su vasto y grave
círculo abarca todo y puede todo.
Más allá de este afán y de este verso
me aguarda inagotable el universo.
(2005, 211)

En una de sus conferencias Borges nos recuerda que en los orígenes del lenguaje las palabras no eran, como ocurre en los actuales diccionarios, sustituibles exactamente por otras palabras (por significados): “Las palabras estaban llenas de magia; no tenían un significado definitivo e inalterable [...]. Hubo quizá un

no trata con palabras, no trafica con sueños y es intocado por el tiempo, por el gozo, por las adversidades”.

momento en el que la palabra ‘luz’ parecía resplandecer y la palabra ‘noche’ era oscura” (2001, 100-01). La poesía, por lo tanto, “no pretende cambiar por magia un puñado de monedas lógicas. Más bien devuelve el lenguaje a su fuente originaria” (2001, 100). A partir de esto Borges nos dice: “He sospechado muchas veces que el significado es, en realidad, algo que se le añade al poema. Sé a ciencia cierta que *sentimos* la belleza de un poema antes incluso de empezar a pensar en el significado” (2001, 104). Así, la poesía, que quiere retornar a la magia original, a ese “núcleo intocado”, rompe los sistemas, los esquemas mentales y verbales, los *significados*, es anterior a ellos y por lo tanto ilimitada.

En poesía, y en general en la literatura, hay siempre un quiebre con la realidad impuesta desde fuera, con la ley impuesta por los hombres. Borges, al instalarse en las “orillas” (metafórica y espacialmente hablando) de esa Buenos Aires que recibió múltiples herencias culturales (europeas, orientales, criollas y gauchas, indígenas, negras), permanece al margen de todo discurso totalizante que busque abarcar por completo la realidad. Esta condición argentina es equiparable con lo vivido en toda Latinoamérica, desde el Río Bravo hasta la Patagonia, en donde desde los años de la Conquista se operó la imposición de los discursos religiosos y políticos provenientes de Europa, pero en medio de los cuales permanecieron siempre latentes las visiones de mundo indígenas y negras, como realidades percibidas a través de sus grietas. De allí que Carlos Fuentes, en su ensayo “Jorge Luis Borges: la herida de Babel”, escriba:

Borges, escribe André Maurois, se siente atraído por la metafísica, pero no acepta la verdad de sistema alguno. Este relativismo lo aparta de los proponentes europeos de una naturaleza humana universal e invariable que, finalmente, resulta ser sólo la naturaleza humana de los propios ponentes europeos –generalmente miembros de la clase media ilustrada–. Borges, por el contrario, ofrece una variedad de espacios y una multiplicación de temas, cada uno distinto, cada uno portador de valores que son el producto de experiencias culturales únicas pero en comunicación con otras.

[...]

En otras palabras, Borges le hace explícito a nuestra literatura que vivimos en una diversidad de tiempos y espacios, reveladores de una diversidad de culturas. [...] quizás sólo un argentino –desesperado verbalizador de ausencias– pudo echarse a cuestras la totalidad cultural del Occidente a fin de demostrar, no sé si a pesar de sí mismo, la parcialidad de un eurocentrismo que en otra época nuestras repúblicas aceptaron formalmente, pero que hoy ha sido negado por la conciencia cultural moderna. (47-48)

Es la particularidad latinoamericana y específicamente porteña de Borges lo que le confiere a su obra un carácter profundamente desarraigado, pero es un desarraigo consciente, un “nomadismo” intelectual explotado por él mismo. Esta relación entre nomadismo y creación poética es analizada por el sociólogo polaco Zygmunt Bauman en el “Epílogo” de su libro *Modernidad líquida*. Bauman reconoce, siguiendo a Milan Kundera y su *Arte de la novela*, que “para el poeta, escribir significa derribar el muro tras el cual se oculta algo que ‘siempre estuvo allí’”², y que

[p]ara estar a la altura de esa misión, el poeta no debe someterse a las verdades ya conocidas y gastadas, a verdades que ya son “obvias” porque han sido sacadas a la superficie y han quedado flotando allí. No importa si esas verdades “dadas por sentado de antemano” son consideradas revolucionarias o disidentes, cristianas o ateas... o si se les ha considerado nobles, correctas o adecuadas. Sea como fuere, esas “verdades” no son “eso oculto” que el poeta está llamado a revelar, sino que son, más bien, parte del muro que el poeta debe derribar. Los voceros de lo obvio, lo autoevidente y “lo que todos creemos [...]” son, según Kundera, *falsos poetas*. (213)

Esta idea se conecta con lo observado por Alfred de Musset dos siglos atrás: “[L]os grandes artistas no tienen país” (Bauman, 215). Pero Bauman entiende que el “no tener Estado Cultural’ significa tener más de una patria, construir un hogar en la encrucijada de culturas”, y que

el arte, como los artistas, tiene muchas patrias, y siempre más de una [...]. El truco no es no tener hogar, sino tener muchos, y estar al mismo tiempo fuera y dentro de cada uno de ellos, combinar la intimidad con la mirada crítica de un ajeno, el involucramiento con el distanciamiento –un truco que las personas sedentarias tienen pocas probabilidades de aprender–. Aprenderlo es la oportunidad del exiliado: de alguien *técnicamente* exiliado –el que está *en* el lugar, pero no es *de* él–. La falta de confianza consecuencia de esta condición (que es esta condición) revela que las verdades natales son hechas y deshechas por el hombre, y que la lengua materna es una interminable corriente de comunicación entre las generaciones y un tesoro de mensajes siempre más ricos que todas sus interpretaciones. (217)

2 Podemos observar que esta idea está relacionada con aquella de Borges sobre la poesía como herramienta para recuperar el “núcleo intocado” inherente al ser humano, es decir, aquello que “siempre estuvo allí”.

A partir de George Steiner, Bauman sostiene que aquellos escritores que se mueven con facilidad en varios universos lingüísticos (como Borges) pueden atisbar “la invención humana detrás de cada imponente y aparentemente indomeñable estructura de cualquier universo” (218). Y aquí hay que tener en cuenta que *todo* universo es “lingüístico”, ya que sólo puede estar hecho de palabras que “dividen el mundo en las clases de objetos nombrables”, y por lo tanto “elevan todos esos artefactos al nivel de realidad, la única realidad que existe” (218). Son escritores, por lo tanto, que se mueven en las grietas inmanentes de los múltiples sistemas que intentan abarcar la realidad, y por ende nunca se entregan completamente a las leyes de ninguno de estos sistemas.

Es de esperar, por lo tanto, que este desarraigo en Borges lo lleve a despreciar toda forma de totalitarismo, sobre todo cuando es un totalitarismo impuesto, político. Como ejemplo de esto tenemos un ensayo sobre un libro de H.G. Wells, con el que, en plena Segunda Guerra Mundial, Borges nos da su opinión sobre el nacionalismo y el racismo:

Wells, increíblemente, no es nazi. Increíblemente, pues casi todos mis contemporáneos lo son, aunque lo nieguen o lo ignoren. Desde 1925, no hay publicista que no opine que el hecho inevitable y trivial de haber nacido en un determinado país y de pertenecer a tal raza (o a tal buena mixtura de razas) no sea un privilegio singular y un talismán suficiente. Vindicadores de la democracia, que se creen muy diversos de Goebbels, instan a sus lectores, en el dialecto mismo del enemigo, a escuchar los latidos de un corazón que recoge los íntimos mandatos de la sangre y de la tierra. Recuerdo, durante la guerra civil española, ciertas discusiones indescifrables. Unos se declaraban republicanos; otros, nacionalistas; otros, marxistas; todos, con un léxico de *Gauleiter*, hablaban de la Raza y del Pueblo. Hasta los hombres de la hoz y el martillo resultaban racistas... También recuerdo con algún estupor cierta asamblea que se convocó para confundir el antisemitismo. Varias razones hay para que yo no sea un antisemita; la principal es ésta: la diferencia entre judíos y no judíos me parece, en general, insignificante; a veces, ilusoria o imperceptible. Nadie, aquel día, quiso compartir mi opinión; todos juraron que un judío alemán difiere vastamente de un alemán. Vanamente les recordé que no otra cosa dice Adolfo Hitler; vanamente insinué que una asamblea contra el racismo no debe tolerar la doctrina de una Raza Elegida; vanamente alegué la sabia declaración de Mark Twain: “Yo no pregunto de qué raza es un hombre; basta que sea un ser humano; nadie puede ser nada peor”. (2007, 124)

Como ya se indicó, este nomadismo borgiano abarca también, además de las tradiciones europeas y latinoamericanas, las orientales. En el poema “Juan, I, 14”, por ejemplo, se entrecruzan, en la forma de un soneto, un relato cristiano (el *Evangélio según San Juan*) y uno de los cuentos islámicos de *Las mil y una noches*:

Refieren las historias orientales
la de aquel rey del tiempo, que sujeto
a tedio y esplendor, sale en secreto
y solo, a recorrer los arrabales
y a perderse en la turba de las gentes
de rudas manos y de oscuros nombres;
hoy, como aquel Emir de los Creyentes,
Harún, Dios quiere andar entre los hombres
y nace de una madre, como nacen
los linajes que en polvo se deshacen,
y le será entregado el orbe entero,
aire, agua, pan, mañanas, piedra y lirio,
pero después la sangre del martirio,
el escarnio, los clavos y el madero.
(2005, 202)

La humanidad, según Borges, parece condicionada a repetir siempre las mismas historias y las mismas metáforas. Lo que cambia son las formas como estos relatos son contados, que son infinitas. Es como si, a pesar de las distancias temporales y espaciales, de las fronteras que nos separan, existieran vasos comunicantes profundos (¿el *inconsciente colectivo* de Jung?) entre todos los hombres y mujeres y entre todas las culturas que han habitado la Tierra. En *El otro, el mismo* Borges utiliza la metáfora del agua y del mar para hablar de estos vasos comunicantes, del carácter poroso de la realidad, como en el “Poema del cuarto elemento”:

Brillas como las crueles hojas de los alfanjes,
hospedas, como el sueño, monstruos y pesadillas.
Los lenguajes del hombre te agregan maravillas
y tu fuga se llama el Éufrates o el Ganges.
(Afirman que es sagrada el agua del postrero,
pero como los mares urden oscuros canjes
y el planeta es poroso³, también es verdadero

3 Cortázar (quien comparte con Borges, no sólo la nacionalidad argentina, sino el impulso literario de instalarse en las “grietas” de la realidad) utiliza una metáfora parecida en su cuento “El

afirmar que todo hombre se ha bañado en el Ganges).
(2005, 177-78)

También en el poema “El mar”:

¿Quién es el mar? ¿Quién es aquel violento
y antiguo ser que roe los pilares
de la tierra y es uno y muchos mares
y abismo y resplandor y azar y viento?
(2005, 257)

Y en “Elegía”, poema escrito en Bogotá, la metáfora del agua y del mar da paso a la propia errancia física, y ya no solo intelectual, del escritor. Nomadismo que, sin embargo, no transforma el destino individual, como si a pesar de esa aceptación de la multiplicidad, de la infinitud y del carácter inasible del universo, no pudiéramos escapar de nosotros mismos:

Oh destino el de Borges,
haber navegado por los diversos mares del mundo
o por el único y solitario mar de nombres diversos,
haber sido una parte de Edimburgo, de Zurich, de las dos Córdoba,
de Colombia y de Texas,
haber regresado, al cabo de cambiantes generaciones,
a las antiguas tierras de su estirpe,
a Andalucía, a Portugal y a aquellos condados
donde el sajón guerreó con el danés y mezclaron sus sangres,
haber errado por el rojo y tranquilo laberinto de Londres,
haber envejecido en tantos espejos,
haber buscado en vano la mirada de mármol de las estatuas,
haber examinado litografías, enciclopedias, atlas,
haber visto las cosas que ven los hombres,
la muerte, el torpe amanecer, la llanura
y las delicadas estrellas,

perseguidor”, por medio de su personaje Johnny: “Eso era lo que me crispaba, Bruno, *que se sintieran seguros*. Seguros de qué, dime un poco, cuando yo, un pobre diablo con más pestes que el demonio debajo de la piel, tenía bastante conciencia para sentir que todo era como una jalea, que todo temblaba alrededor, que no había más que fijarse un poco, sentirse un poco, callarse un poco, para descubrir los agujeros. En la puerta, en la cama: agujeros. En la mano, en el diario, en el tiempo, en el aire: todo lleno de agujeros, todo esponja, todo como un colador colándose a sí mismo...” (328-29).

y no haber visto nada o casi nada
sino el rostro de una muchacha de Buenos Aires,
un rostro que no quiere que lo recuerde.
Oh destino de Borges,
tal vez no más extraño que el tuyo.
(2005, 246)

El mismo Borges admite que uno de sus temas recurrentes es “la contradicción del tiempo que pasa y de la identidad que perdura” (2005, 163), y de allí la frase que podemos rastrear en varios de sus escritos: *soy Borges*. En uno de los cuentos de *El Aleph*, “Biografía de Tadeo Isidoro Cruz (1829-1874)”, el autor hace explícita esta idea: “Cualquier destino, por largo y complicado que sea, consta en realidad *de un solo momento*: el momento en que el hombre sabe para siempre quién es”; y más adelante el protagonista del relato, Tadeo Isidoro Cruz, comprende “que un destino no es mejor que otro, pero que todo hombre debe acatar el que lleva adentro” (2007, 674-75). También encontramos esta idea en el “Poema conjetural” de *El otro, el mismo*, donde se narra la muerte del doctor Francisco Laprida (un personaje que parece ser el inverso, como en espejo, del propio Borges):

Yo que anhelé ser otro, ser un hombre
de sentencias, de libros, de dictámenes,
a cielo abierto yaceré entre ciénagas;
pero me endiosa el pecho inexplicable
un júbilo secreto. Al fin me encuentro
con mi destino sudamericano.
A esta ruinosa tarde me llevaba
el laberinto múltiple de pasos
que mis días tejieron desde un día
de la niñez. Al fin he descubierto
la recóndita clave de mis años,
la suerte de Francisco de Laprida,
la letra que faltaba, la perfecta
forma que supo Dios desde el principio.
En el espejo de esta noche alcanzo
mi insospechado rostro eterno. El círculo
se va a cerrar. Yo aguardo que así sea.
(2005, 175-76)

Cualquier hombre es todos los hombres, cualquier hombre es Shakespeare, pero es, a pesar de todo, él mismo. Es a un tiempo *el otro* y *el mismo*.

En “El idioma analítico de John Wilkins” Borges habla de la inefabilidad del universo: “[...] notoriamente no hay clasificación del universo que no sea arbitraria y conjetural. La razón es muy simple: no sabemos qué cosa es el universo” (2007, 105). Pero también habla de la necesidad humana de evitar el caos y la locura y, por lo tanto, de definir y contornear el universo: “La imposibilidad de penetrar el esquema divino del universo no puede, sin embargo, disuadirnos de planear esquemas humanos, aunque nos conste que éstos son provisorios” (2007, 105). Ante la infinitud del universo el ser humano precisa de los límites, y el principal límite es, por supuesto, él mismo, su destino individual y su propia muerte. El hombre es *alguien* cuando está confinado, cuando acepta su destino. Mientras sea un nómada, un ser errante, es *nadie*, como Ulises antes de regresar a Ítaca:

Ya en el amor del compartido lecho
 duerme la clara reina sobre el pecho
 de su rey pero ¿dónde está aquel hombre
 que en los días y noches del destierro
 erraba por el mundo como un perro
 y decía que Nadie era su nombre?
 (2005, 206)

En un universo sin verdades absolutas, el hombre está obligado a crear estas verdades, a fabricarse realidades para poder sobrevivir como individuo y como especie. La literatura, para Borges, es una de estas fabricaciones; y de allí que, a pesar de la pluralidad de temas que encontramos en *El otro, el mismo*, de sus constantes referencias al infinito y a la eternidad y a la incapacidad del lenguaje para apresar la vida con todos sus matices, el autor recurra a formas poéticas clásicas (sonetos, endecasílabos, alejandrinos, rimas); muy en contravía de la experimentación vanguardista de sus poemas de la adolescencia (específicamente aquellos escritos en Europa, cuando fue uno de los artífices del ultraísmo español) y, en general, de todo el movimiento vanguardista que precedió la publicación del libro. Incluso, cuando el autor intenta el verso libre encontramos ecos de Walt Whitman, y así lo admite en el prólogo a su *Obra poética*: “Como todo joven poeta, yo creí alguna vez que el verso libre es más fácil que el verso regular; ahora sé que es más arduo y que requiere la íntima convicción de ciertas páginas de Carl Sandburg o de su padre, Whitman” (2005, 11).

Por último, es de notar que desde mediados del siglo XX Borges se ha convertido en uno de los escritores más importantes –y más citados– de la historia de

la literatura mundial (por dar sólo un ejemplo: su nombre arroja más de diecinueve millones de entradas en Google; Cervantes, alrededor de veintidós millones). Al aceptar sin reservas su destino de escritor argentino, Borges se convierte en un poeta universal. Beatriz Sarlo, antes que Carlos Fuentes, lo entendió así en su libro *Borges, un escritor en las orillas*:

La tensión [...] recorre la obra de Borges, cuando la dimensión rioplatense aparece inesperadamente para desalojar a la literatura occidental de una centralidad segura. La literatura de Borges es una literatura de conflicto.

[...] La obra de Borges tiene en el centro una grieta: se desplaza por el filo de varias culturas, que se tocan (o se repelen) en sus bordes. Borges desestabiliza las grandes tradiciones occidentales y las que conoció de Oriente, cruzándolas (en el sentido en que se cruzan los caminos, pero también en el sentido en que se mezclan las razas) en el espacio rioplatense. (13-14)

Y Borges resume esta búsqueda de sí mismo, de su condición rioplatense, en el poema “Buenos Aires”:

Antes, yo te buscaba en tus confines
que lindan con la tarde y la llanura
y en la verja que guarda una frescura
antigua de cedrones y jazmines.
En la memoria de Palermo estabas,
en su mitología de un pasado
de baraja y puñal y en el dorado
bronce de las inútiles aldabas,
con su mano y sortija. Te sentía
en los patios del Sur y en la creciente
sombra que desdibuja lentamente
su larga recta, al declinar el día.
Ahora estás en mí. Eres mi vaga
suerte, esas cosas que la muerte apaga.
(2005, 260)

Obras citadas

Bauman, Zygmunt. *Modernidad líquida*. Buenos Aires:

Fondo de Cultura Económica, 2008.

Borges, Jorge Luis. *Obras completas II*. Buenos Aires: Emecé Editores, 2007.

— *Obra poética*. Buenos Aires: Emecé Editores, 2005.

— *Arte poética*. Barcelona: Editorial Crítica, 2001.

- Cortázar, Julio. “El perseguidor”. *Cuentos completos I*. Bogotá: Aguilar-Altea-Taurus-Alfaguara, 2008, 299-358.
- Fuentes, Carlos “Jorge Luis Borges: la herida de Babel”. *Geografía de la novela*. México: Fondo de Cultura Económica, 1993, 32-55.
- Sarlo, Beatriz. *Borges, un escritor en las orillas*. Buenos Aires: Ariel, 1998.